

del que el extremo toque
de ese ciprés que ondea,
premio esta ofrenda sea.
— ¡Arriba! — gritan todos,
corriendo de mil modos:
y en trances infelices,
los ojos y narices,
ya ven de día estrellas,
ya acaso barren huellas,
ya el alto viene abajo
asido del zancajo,
ó ya el más bajo al otro
le monta como á un potro:
hasta que uno elevado,
que más que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
tocó al ciprés la punta,
al fuego que le inflama,
y ¡chasc!... rota la rama,
cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amén de algún rasguño,
un chichón como un puño.
Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa,
y otros mostrando pena
por la ventura ajena;
y vendando sus sienes,
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.

*Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio:
antes la del MARTIRIO,
después la de la GLORIA.*

SECCION POLITICA

FÁBULA I

INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

El reino de los beodos.

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
que se puede decir que lo eran todos,
en el cual por ley justa se previno:
— *Ninguno cate el vino.* —

Con júbilo el más loco
aplaudíose la ley, por costar poco:
acatarla después, ya es otro paso;
pero en fin, es el caso
que la dieron un sesgo muy distinto,
creyendo que vedaba sólo el tinto,
y del modo más franco
se achisparon después con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,
el Senado á la ley pone una enmienda,
y á aquello de: *Ninguno cate el vino,*
añadió, *blanco*, al parecer, con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
volvió con vino tinto á estar borracho,
creyendo por instinto ¡mas qué instinto!
que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,
en la segunda enmienda, de contado,

— *Ninguno cate el vino,*
sea blanco, sea tinto, — les previno;
y el pueblo, por salir del nuevo atranco,
con vino tinto entonces mezcló el blanco;
hallando otra evasión de esta manera,
pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado,
— No es eso, no señor, — dijo el Senado;
— ó el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:
se prohíbe mezclar vino con vino. —
Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!
¿Creeréis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entonces el Senado el puesto,
de este modo al cesar dió un manifiesto:
*La ley es red, en la que siempre se halla
descompuesta una malla,
por donde el ruín que en su razón no fía,
se evade suspicaz... ¡Qué bien decía!*

Y en lo demás, colijo
que debiera decir, si no lo dijo:
*Jamás la ley enfrena
al que á su infamia su malicia iguala:
si se ha de obedecer, la mala es buena;
mas si se ha de eludir, la buena es mala.*

FÁBULA II

INSTITUCIONES INÚTILES

El arquitecto y el andamio.

Quitó el andamio Simón
después que una casa hubo hecho,
y el andamio con despecho
exclamó: — ¡Qué ingrata acción! —

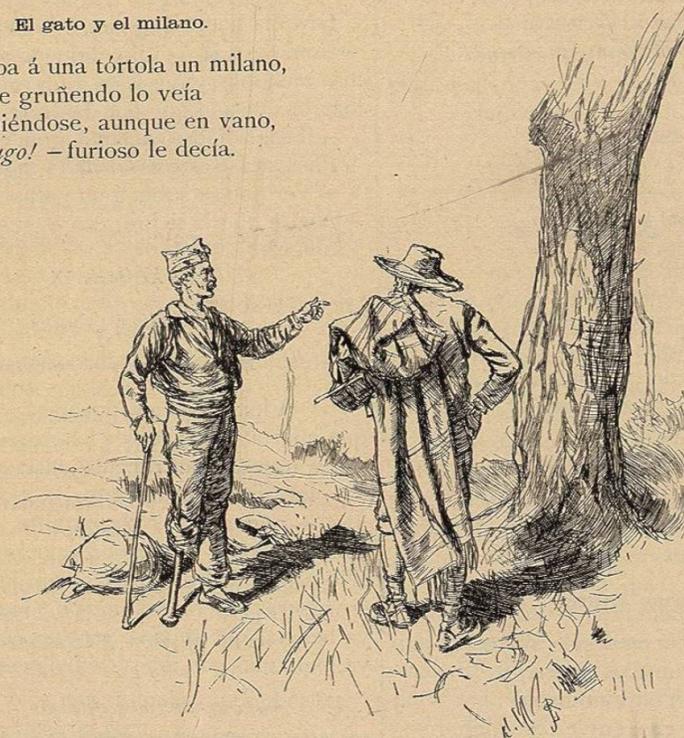
A tan necia exclamación
dijo Simón muy formal:
— Quitarte antes, animal,
fuera imprudencia no escasa;
mas después de hecha la casa,
¿hay cosa más natural? —

FÁBULA III

OFICIOS MUTUOS

El gato y el milano.

Desplumaba á una tórtola un milano,
y un gato que gruñendo lo veía
el hocico lamiéndose, aunque en vano,
— ¡Ah, *verdugo!* — furioso le decía.



FÁBULA IV

EL FALSO HEROÍSMO

El veterano y el pastor.

Volviendo hacia su tierra
un pobre veterano de la guerra,
donde en trances sacó nada felices
un pie de palo y varias cicatrices,
á un pastor que encontró por carambola,
le dijo en tono adusto:
— ¿Cómo entre tanto arbusto
se ve con hojas esta encina sola? —
El pastor contestó: — Salió de madre
aquel cercano río,
y estos arbustos deshojando impío,
perdonó sólo á esa gigante encina,
que llaman desde entonces la *heroína*. —

— Y tú ¿qué eres? — el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo;
y echándole las garras por respuesta,
— ¿Qué he de ser, contestó, siendo tú el *reo?* —

*Dotado siempre está de ansia inhumana
cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo:
verdugos de hoy, reos serán mañana,
pues el reo de ayer es hoy verdugo.*

— Pues mire usted, compadre, —
replicó el veterano,
es más digna de encomio la desgracia
de tanto arbusto enano,
que la gloria de ese árbol eminente;
porque no tiene gracia
que no la hollase el bramador torrente,
cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernández, para quien sin duda
la trompa de la fama ha sido muda;
pues sepa usted que al redactar mi jefe
(que por Dios que era un grande mequetrefe)
las siguientes palabras:
voy á asaltar el muro;
en verdad le aseguro,
como es usted lacayo de esas cabras,
que sólo en lance tal sufrió la mecha

el pobre Juan Fernández en la brecha.
¿Y qué sacó? esta pierna de rebaja.
¿Y el jefe? nada menos que la faja.
Y así porque esta encina
desde hoy no vuelva, con su orgullo necio,
de tanto pobre arbusto con desprecio
á honrarse con el nombre de *herotna*,
ó voto á Dios le rompo la cabeza,
ó me entalla usted esto en su corteza:

*Porque nació más alta, es más felice:
y porque es más felice, es la HEROÍNA.
¡Cuántos héroes habrá como esta encina!
Juan Fernández lo dice.*

FÁBULA V

LA IGUALDAD

La col y la rosa.

Una col en un cercado
probaba á una rosa bella
que era tan buena como ella,
y aun de una tierra mejor.
— Mas aunque de cuna iguales,
dijo un pepino, ¡mastuerza!
¿dejarás tú de ser *berza*,
mientras que ella es una *flor*? —

FÁBULA VI

PELEAR POR UN MISMO FIN

Guerras civiles

Era un reino infeliz en donde altivo
un partido, de *olivo* un dios quería;
y otro partido que en el reino había,
pidió el dios de *aceituno*, en vez de olivo.
Clamando guerra, en su furor activo
al golpe asolador del hacha impía
fué tumba universal la monarquía;
de un yermo la nación fué ejemplo vivo.

Hecho el dios de *aceituno* á sus antojos,
un partido, en sus glorias importuno,
lo encumbró sobre míseros despojos:
hasta que, el dios mirando de *aceituno*,
vieron por fin con desolados ojos
que *aceituno* y *olivo* era todo uno.

FÁBULAS VII Y VIII

SALVAR EL HONOR CON FRASES

I

El gallo y la liebre

Dijo un gallo á unalibre: — Huye, cobarde!
— ¿Cobarde yo? — la liebre respondía;

pero atisbando á un galgo nada tarde
hasta más no poder, cobarde huía. —
— Espera, dijo el gallo, un *Diòs te guarde*.
¿No llamas á eso huir, señora *mía*? —
Y antes que el galgo la acercase el morro,
la liebre contestó: — No *huyo*, que *corro*. —

II

La liebre y el gallo

Gritó la liebre al gallo: — Anda, medroso!
— Como el Cid, — dijo el dueño del serrallo;
mas viendo no muy lejos á un raposo,
hizo una acción que por medrosa callo.
— Ten, la liebre exclamó, gran Cid, reposo.
— Pues ¿acaso esto es *miedo*? — siguió el gallo.
Y al ver que se subía á un parapeto:
— No, le dijo la liebre, eso es *respeto*. —

FÁBULA IX

DESCUBRIR LA HILAZA

Los aldeanos y el caminante

Viendo á unos aldeanos
que injertaban en robles los manzanos:
— ¿A qué son tan ridículas mixturas, —
les dijo un caminante,
— pudiendo á cada instante
comer bellotas, ó manzanas puras?
¿No echáis de ver que nacerán, idiotas,
si vuestras esperanzas no son vanas,
ya bellotas que sepan á manzanas,
ya manzanas con dejos de bellotas? —

*Aunque en roble villano
injertéis, gran señor, algún manzano,
pese á tanta locura,
al ver sus frutos con un deajo doble,
se ha de saber que tiene vuestra hechura
de manzano la sien, y el pie de roble.*

FÁBULA X

GLORIAS LLOVIDAS

El mastín y el conejo

Por la margen de un río iba un conejo
huyendo de un mastín con planta esquivada,
y al verle caer al agua sin consejo:
— ¡Ya le maté! — dijo con voz altiva.
Formado de conejos un consejo;
— ¡Viva el héroe conejo! exclama: ¡viva! —

*¡Oh, cuántos deben, con llovidas glorias,
á un azar del contrario sus victorias!*

FÁBULA XI

PERCANCES

El ladrón y el sargento

(De los reyes con perdón)
oculto en cuanto robaba,
en un árbol se sentaba
como en un trono, un ladrón.
Cogió un sargento al bribón
y al árbol le ahorcó en su encono.
Sepa algún rey en su abono
que á veces Dios, y no es falso,
ya hace un trono de un cadalso,
ya hace un cadalso de un trono.

FÁBULA XII

TIRANÍAS JUSTAS

— ¿Para qué llevas á ese mono? ¡estúpido!
(dijo á un oso un lebrél).
— Porque el dueño que ves (responde el mísero)
me hace cargar con él.
— Pues rómpelo de un trompis los omóplatos
(el lebrél replicó).
Fué el oso á ejecutarlo; pero súbito
miró al dueño y tembló.
— Muera y no temas (el lebrél famélico
le volvió á replicar);
no llevara yo en hombros á ese títere
estando en tu lugar.
Ser el burro de un mono es muy ridículo
(proseguía el lebrél);
mata al dueño también, ya que tiránico
te hace cargar con él.
Yo sé de pueblos que después que imbéciles
el oso hicieron bien,
arrogantes mataron á sus déspotas;
mátalos tú también.
Ó vaya andando, como tú, ese zángano,
en perfecta igualdad,
ó si no, tus cadenas rompe heroico:
¡viva la libertad! —
Con calma escuchó el dueño esta filípica
sin sentido común,
y, dando un par al oso con el látigo,
dijo: — ¡Valiente atún!
El oso, el mono y yo, lebrél sin cálculo,
hacemos una grey.
en la cual oso y mono son los súbditos,
mientras yo soy el rey.
El oso inepto, por mis reales órdenes,
va andando con sus pies,
y el mono va sobre él, porque su mérito
nos mantiene á los tres.

Justo es que sirva á mono tan benéfico
el oso de alazán;
pues para seres como este oso indómito
no hay más que *palo* y *pan*.

¡A los necios baldón; gloria á los útiles!
esto manda la ley.
Agur, señor lebrél: vos, oso bárbaro,
seguid, y ¡viva el rey! —

Yo no sé si arengó como un estólido
el patriota animal;
pero responda el respetable público:
¿habló el dueño tan mal?... —

FÁBULA XIII

UN DAÑO DESTRUYE OTRO

El dogo y los dos lobos

— ¡Ay! — un dogo inocente
exclama triste en el confuso idioma
que los perros entienden solamente.
— No me coma, don Lobo, no me coma,
porque nunca á su raza la he debido
ni siquiera un ladrido;
y es más digno de garras tan atroces
cebarse en animales más feroces. —
El lobo ya sobre él, no oye sus quejas,
(como quejas al fin de un infelice),
y meneando la cola y las orejas,
parece que le dice:
— Muere, pícaro, aquí, mal que te cuadre;
que aunque sé que á mi raza no has ladrado,
recuerdo sin embargo haber pasado
por donde en tono vil ladró tu padre.
— Pues mi padre hizo mal, — clamó expirante;
y ya iba el lobo á devorarlo fiero,
cuando en el mismo instante
apareció otro lobo carnicero,
que mirando hacia allí con vista impía,
pudíerose decir que le decía:
— No le toques al pelo;
que con él quiero, por vengar mi afrenta,
solventar una cuenta
que me quedó á deber su infame abuelo.
— ¡Infame abuelo! sí, — pienso que dijo
el dogo en tanto aprieto:
— ¿Y he de sufrir la muerte,
no sólo por ser hijo,
mas también por ser nieto?
¡Oh! ley, más que inhumana, del más fuerte! —
Encarados el lobo con el lobo,
el segundo al primero:
— Suelta, le dijo, bobo;

verás cómo en tan bajo marrullero
vengo tu agravio con rencor profundo.

—Mil gracias, le contesta
el primero al segundo:

—yo solo en este impío
vengaré el honor mío.—

Y sin otra respuesta:

—Es muy justo á mi ver, de nuevo dijo,
que el galardón de un padre herede un hijo.

—Pues alto ahí, compadre,—

el segundo prorrumpe en son de queja.

—Si así hilas la madeja,

es de mi contingente,

pues me ha ultrajado el padre de su padre.

—Mi ofensa es más reciente.

—La mía más añeja.

—Pues no le matarás.— Ni tú tampoco.—

Y con intento loco

se enzarzaron, embate tras embate,

en tan igual como feroz combate;

mientras que el triste dogo, muerto el perro,

se agacha humilde en tan atroz fracaso,

sufriendo las pisadas que por yerro

le desuellan la piel, sin ser del caso:

hasta que viendo la refriega entrada,

como quien no hace nada,

sin decir *tus* ni *mus*, huyendo el diente,

taimado se escurrió bonitamente.

*¡Cuántas veces por ruines,
con encontrados fines,
traban lid importuna
dos enemigos fuertes,
y no les dan ninguna,
por querer con afán darles dos muertes!*

FÁBULA XIV

HACER SONAR Á TIEMPO

El concierto de los animales

Supuesto que respira,
se hace oír bien ó mal cualquier garganta;

y en esto no hay mentira,

pues mal ó bien, el que respira, canta.

Hablen, si no, mil animales duchos
que dieron un concierto como muchos.

Y es fama que el sentido

no acompaña á los órganos vocales,

por lo que ha sucedido;

que en la patria de dichos animales,

cada cual presumiéndose asaz diestro,

gritó:— ¡Caiga el león! ¡fuera el maestro!—

Cayó la monarquía,

y en república el reino convirtieron,

—Vaya una sinfonía
de nuestros triunfos en honor,—dijeron;
—cada uno cante cual le venga á mano:
ya no más director: muera el tirano.—

Comenzóse el concierto,
cá-cá-rá-cá gritando el polli-gallo;
y al primer desacierto
con un relincho contestó el caballo;
a-y-o, a-y-o siguió el pollino;
pi-pi-pi el colorín, *ufff* el cochino.

El *mís* y el *marramau*
cantó el gato montés, cual tigre bravo;
y con cierto *pau-pau*
le acompañaba el indolente paño;
formando tan horrenda algarabía,
que ni el mismo Luzbel la aguantaría.

El león destronado,
viendo el reino en desórdenes tan grandes:
—Silencio,—dijo airado,
mostrando un arcabuz ganado en Flandes;
—el rey va á dirigir: atrás, canalla;—
y al verle cada cual, amorra y calla.

—Vuelva á sonar la orquesta,—
siguió el tirano, de Nerón trasunto;
—y ¡ay de la pobre testa
de aquel que por gruñir me coma un punto!
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna.
Palo, ó canción: vamos á ver: ¡á una!—

Y la orquesta empezando
pi-pi, cá-cá-rá-cá, mis-mis, miau-miau,
siguió después sonando
a-y-o, a-y-o, uff-fuff, pau-pau, pau-pau.
Y tal sonó la música que alabo,
que el mundo gritó absorto:— ¡Bravo! ¡bravo!

Fué el concierto, antes loco,
la maravilla, vive Dios, del arte;
y aunque gruñendo un poco,
cada animal desempeñó su parte;
aprendiendo, en perjuicio de su testa,
que sin buen director, no hay buena orquesta.

FÁBULA XV

LEYES FUNDAMENTALES

Con ánimos sencillos
varios chiquillos cierto día un dado
para jugar hicieron;
y las leyes del juego los chiquillos
por seguir á la letra,

del dado aquel en cada faz pusieron
el *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro*... etcetra.

De niños entre el bando
alguno de ellos calculó prudente
que, por los bordes subrepticamente
la cara de su número limando,
siempre á la mesa en amoldarse esquivaba

quedaría, rodando,
la cara de su número hacia arriba.
De esta manera á todos, el fullero
como era natural ganó el dinero,
hasta que al fin, de sus falaces modos
apercibidos todos,

dando de su pericia muestras claras,
limando y más limando
fueron también dejando
convexas de sus números las caras.

De este modo el ex-dado
por ángulos y bordes cepillado,
al impulso menor del aura sola
rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entonces el número de azares
se sucede á millares,
y la igualdad geométrica admirando
de equilibrio tan justo,
unas veces perdiendo, otras ganando,
se divierten los niños que es un gusto.

Con lengua atrabiliaria
á cada azar del inconstante dado
agotan su afición parlamentaria,
y sucede un discurso á otro discurso
sobre si el aire le sopló de un lado,
sobre si un pelo interrumpió su curso.

Y acaban las cuestiones,
su furor conteniendo en breves plazos,
los que son vencedores, á razones;
los que vencidos son, á sombrerozcos:
y en caos importuno
alzándose hoy los que caerán mañana,
todos se pierden, y ninguno gana,
ganando todos, sin perder ninguno.
Y entretanto, sediento de emociones,
y ajeno, el pueblo espectador, del fraude,
aplaude tan continuas variaciones,
pues siempre el pueblo la comedia aplaude
si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
que la moral he oído de este cuento,
*ignoro cómo hay gente
que idolatrar como á sus ojos pueda
la ley fundamental, que blandamente
adonde quiera que la impelen rueda.*

